

Rev. J. van Ekeveld
Lectura: Lucas 2:40-52

Salterios:

Primer: 227:1-3

Segundo: 348:1-3

Tercer: 255:1-4

Cuarto: 232:2

Último: 381:1,2,4

Texto: Lucas 2:45-49¹

“mas como no lo hallaron, volvieron a Jerusalén buscándolo. Y aconteció que tres días después lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Y todos los que lo oían se asombraban de su entendimiento y de sus respuestas. Y cuando lo vieron, se maravillaron; y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”

Tema: María y Jesús en el Templo

1. Ella le amonesta
2. Ella es instruida por Él

Primer pensamiento. Ella le amonesta.

Congregación, sabemos muy poco acerca de la niñez de Jesús. Muchas de las historias sobre su nacimiento son conocidas. Conocemos las historias de los pastores y de Simeón y Ana; la historia de los magos del Oriente, y la huida a Egipto. Todas estas historias se centran en el nacimiento de Cristo. Pero después, todo se vuelve silencioso. Durante todos esos años, hasta su decimotercer año, sabemos muy poco. Nos gustaría saber mucho más: ¿Qué sucedió con Jesús durante esos años? ¿Qué hizo? ¿De qué hablaba? Pero debemos entender que la Biblia no está aquí para satisfacer nuestra curiosidad. No lo sabemos. La historia de la Biblia es la historia de la salvación. ¿Saben lo que significa? En ella, encontramos todo lo que es necesario saber para nuestra salvación, no más y no menos.

Ahora, leemos en el versículo cuarenta, *“Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él.”* Lo leemos también en el último versículo de este capítulo, el vs 52, que corresponde a éste: *“Y Jesús crecía en sabiduría, y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.”* Así que crecía, tal como cualquier otro niño. En esto vemos que se

¹ Citas bíblicas en este sermón son tomadas de la revisión de la Biblia Reina Valera – SBT de la Sociedad Bíblica Trinitaria. Puede leer esta versión de la Biblia aquí: <https://www.reinavalera.online> o encontrar más información de esta revisión en el sitio web de la sociedad aquí: <https://sociedadbiblicatrinitaria.org/revision-reina-valera-1909/>

hizo semejante a nosotros en todo. No vino a este mundo como un adulto. Tal como cualquier otro niño, nació en ignorancia. Debía aprender a caminar, hablar, y demás, igual que todos los niños. Obviamente, todo esto se aplica a la naturaleza humana de Cristo. La Persona divina ha asumido la naturaleza humana.

Esta relación entre las dos naturalezas de Cristo, Su divinidad y Su humanidad, siempre es un misterio para nosotros. Es un milagro y un misterio santo e incomprensible: Dios y el hombre en una Persona, para reconciliar a Dios y al hombre entre sí. Cristo asumió la naturaleza humana degradada, es decir, la naturaleza humana que fue sujeta a todas las consecuencias del pecado. Sin pecado, pero con las consecuencias del pecado. Si no fuera así, no podría haber sido el Mediador. Nunca podría haber cumplido con los requisitos de la justicia santa de Dios.

Jesús crecía como cualquier otro. Él era humano y se hizo semejante a nosotros en todo; eso se ve claro en esta historia. Él revivió nuestra niñez, pero sin pecado. ¿Alguna vez lo consideran, niños? ¿Sabían que el Señor Jesús era un niño ordinario como ustedes? A veces, ustedes son desobedientes a sus padres y son castigados como consecuencia de no haber obedecido, pero eso no fue el caso con el Señor Jesús. Nunca fue travieso. Nunca tuvo que ser castigado. Gracias a eso, Él puede quitar todos nuestros pecados; incluso los pecados que cometimos cuando éramos niños a lo largo de nuestras vidas, incluso en nuestra juventud. David ora en Salmo 25:7 *“De los pecados de mi juventud y de mis rebeliones, no te acuerdes”*. Cada edad tiene sus propios pecados. Jesús revivió toda nuestra vida, desde la concepción hasta la muerte, pero sin pecado. Por lo tanto, Él puede ser predicado a nosotros como un perfecto y todo-suficiente Fiador y Salvador, en quien hay reconciliación de todos los pecados de cada edad.

Jesús crecía como niño en Nazaret hasta los doce años, como leemos en este pasaje de la Escritura. Otra vez, no sabemos qué ocurrió después; solo sabemos que, después de volver de Su huida a Egipto, fue a vivir en Nazaret con María y José. Lo que sí sabemos de esa época es que había inquietud social en Galilea. Había rebelión y guerra en la zona alrededor de Nazaret. Un pueblo llamado Zippori fue destruido y quemado por los romanos como consecuencia de una rebelión liderada por Judas el Galileo contra ellos.

Esto ocurrió durante la niñez de Jesús, cerca de Nazaret. Sin duda, las consecuencias de esto se sintieron en Nazaret; debía haber causado inquietud. Pero luego, la paz volvió. José trabajaba como carpintero en Nazaret, y allí crecía Jesús y trabajaba junto con él. Luego, en Nazaret, decían: *“¿No es este el carpintero?”* Así que, fue conocido ahí como el carpintero.

¿Cómo era la vida en Israel? Bueno, a los seis años, uno entraba en la escuela. En su mayoría, estas escuelas estaban conectadas a las sinagogas. A los seis años, Jesús habría ido a una escuela así. Muchas veces, la persona a cargo de la sinagoga, encargada del mantenimiento y la limpieza, también era el profesor o maestro. Tenía la responsabilidad de enseñar a los niños. ¿Cómo lo hacía?

Niños, cuando están en sus clases, tienen filas de asientos y escritorios con un profesor parado adelante. Sin embargo, en esa época era muy diferente. El maestro se sentaba en el piso y todos los niños se sentaban alrededor de él. De esta forma, aprendieron las letras del alfabeto hebreo y recibieron instrucción de la Ley, los libros de Moisés. Desde pequeños, tenían que memorizar pasajes de esos libros de Moisés. Es algo muy bueno que los niños aprendan a memorizar pasajes de la Biblia y de sus catecismos. Imagínense si hubiera persecución y uno no pudiera tener una Biblia; en tal caso, algo de la Biblia estaría guardado en nuestras mentes, lo cual también puede resultar ser una bendición. El primer texto que tenían que aprender los pequeños era el *“Shema Israel”* o *“Oye, Israel”* -el pasaje conocido de Deuteronomio 6:4 *“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”*. Es bueno saber estas cosas. Jesús crecía tal como los demás niños. Él también asistía en la escuela, sentado al piso junto con los demás niños alrededor del maestro.

Año tras año pasó y cada año se celebraron las fiestas. En diciembre, en pleno invierno, se celebraban la fiesta de la dedicación del templo. Ahí conmemoraban la limpieza y renovación del templo bajo Judas Macabeo. No leemos de este evento en la Biblia, pero está en los libros apócrifos, en los libros de los Macabeos. En el tiempo más oscuro del año, se encendían velas por todas partes en los hogares. Una vela el primer día, otra al siguiente, hasta el octavo día. Entonces ardían ocho velas. Jesús, como Niño, habría visto eso. Quizá pensara en lo que dijo después *“Yo soy la luz del mundo”* (Juan 8:12). Esto, por supuesto, tiene que ver con la relación entre sus naturalezas Divina y humana.

En la primavera había la fiesta de Purim, conmemorando la historia de Mardoqueo y Amán y como Israel fue protegido milagrosamente. Luego, en abril, había la Pascua. Siete semanas después se celebraba Pentecostés; en octubre, el Día de la Expiación; y catorce días después la Fiesta de los Tabernáculos. Cada año, este era el programa de fiestas religiosas y espirituales en Israel. Jesús experimentaba todo esto cuando crecía.

Una de las historias de ese año nos ha sido entregada. Es la historia en la que estamos reflexionando ahora. El Señor determinó no compartir más con nosotros acerca de esos años. Ustedes leen aquí en Lucas 2 que tenía doce años. Por lo tanto, su decimotercer año había comenzado, y en ese año, un niño llegaba a ser un “Hijo de la Ley” en Israel, evento conocido como la “Bar Mitzvah”. Hoy en día, en Jerusalén, uno todavía puede ser testigo de estos eventos de la “Bar Mitzvah”. Es algo especial para los judíos, tanto hoy como en esa época. No es sin razón que la Escritura aquí señala que tenía doce años.

Su decimotercer año había comenzado; había llegado a ser “Hijo de la Ley”. ¿Qué implicó eso? Estos niños, en la ocasión de la Pascua subían al templo en Jerusalén por primera vez. Así ocurre también en nuestro texto -Jesús tiene doce años y ahora por primera vez sube con José y María al templo en Jerusalén. ¡Obviamente era algo muy, muy especial!

Una vez leí que a veces, mayormente durante la fiesta de la Pascua, dos millones de personas iban a Jerusalén. ¡Era bastante ocupada la ciudad! Venían de Israel, pero también de la dispersión en todas partes del Imperio Romano. Venían de lejos a Jerusalén. No podemos imaginar lo ajetreada que debía estar la ciudad. La antigua ciudad de Jerusalén era pequeña para nuestros estándares modernos, y esos dos millones de personas tenían que encontrar alojamiento en algún lugar. Se hospedaban tanto en la ciudad como en las aldeas alrededor de Jerusalén.

Incluidos en esa multitud de miles estaban Jesús, José y María. Ahí iba Jesús, el Salvador. ¿Quién en la multitud podría haberlo reconocido? Sí, José y María lo sabían, pero ¿quién más? Nadie más, solo Dios. La gente venía de todas partes y, al subir a la ciudad, entonaban los Salmos de peregrinación, específicamente los Salmos 120-134. Así viajaron hacia Jerusalén.

La fiesta de Pascua duraba siete días, pero los primeros tres eran, por decirlo así, los obligatorios. Durante tres días, todos se quedaban en Jerusalén, y después de esos, algunos regresaban a sus hogares. Quizá esto ocurrió con José y María en esta historia. Muchos lo hacían; otros se quedaban hasta los siete días. En el primer día se comía la Pascua, tal como Jesús lo hizo con sus discípulos la noche en que fue entregado. El segundo día, la gavilla de las primicias de la cosecha de cebada se llevaba como ofrenda de agradecimiento al Señor, con diversas festividades a su alrededor. El tercer día, muchos volvían a casa, mientras que otros se quedaban.

¿Qué habría significado para Jesús, congregación, cuando por primera vez pudo subir a Jerusalén con la multitud? ¿No habría vivido en su joven corazón, como nosotros lo cantamos, *“Oh Dios, cuán bonitos son tus tabernáculos”*? ¡Con cuánta pasión debería haber cantado en el camino con los demás los Salmos de la peregrinación *“En Sion sagrada estamos, bendita por siempre; Donde el pueblo del Señor Le rinde culto a Él”* (Salterio 348:2)! ¡Cómo habría saltado su corazón de alegría cuando por primera vez vio la ciudad y el templo de Su Padre, el lugar que el Señor había escogido para Su morada!

Podemos imaginar que José y María vieron el deseo y gozo de Jesús, y se regocijaron por ello. Es un gran milagro para padres piadosos cuando pueden percibir algo de la obra de Dios en sus hijos. Es un milagro. ¿Pueden verlo en sus familias, padres? ¿Un niño en el que puedan observar algo de tristeza por el pecado y anhelo por Dios? Esto puede comenzar a una edad temprana. Hay libros que contienen testimonios de lechos de muerte de niños muy jóvenes. Murieron muy jóvenes, pero conocían la tristeza por el pecado, experimentaban el anhelo por Dios y entendían algo del milagro de tener un Salvador por quien podemos ser salvos. José y María deberían haberse regocijado al ver cómo Jesús se entregó plenamente al servicio de Dios y anheló los atrios del Señor.

Cuando concluyó la fiesta de la Pascua, las multitudes volvieron a sus hogares y Jerusalén se vació de nuevo. El tiempo más ocupado del año llegó a su fin. José y María también regresaron. ¿Dónde está Jesús? Miraron a su alrededor, pero no lo vieron. Sin embargo, no estaban preocupados, pensaron que debería estar junto con sus amigos y familiares. Suponían que estaría por ahí en algún lugar. Al principio, probablemente no se preocuparon. Después de todo, Jesús no pecó. Nosotros, como hijos pecadores de los hombres, hacemos cosas que no deberíamos hacer, pero no era el caso con Jesús. Esa podría haber sido la razón por la cual no se preocuparon mucho al principio. Pero al atardecer, aún no lo encontraron. ¿Dónde está Jesús? Buscaron y preguntaron, pero no lo encontraron.

“más como no lo hallaron” como dice vs 45, *“volvieron a Jerusalén buscándolo.”* Entraron entonces a la ciudad de nuevo y pasaron tres días buscándolo. ¿Dónde está Jesús? ¡Cuánta debería haber aumentado la preocupación en sus corazones! Buscaron por toda la ciudad, salvo el templo. Entonces buscaron de una manera incorrecta. Pudieron haber sabido: el templo era la Casa de Su Padre. Si vamos a buscar en Jerusalén, ahí deberíamos comenzar porque ahí tenemos la mejor oportunidad de encontrarlo. Pero buscan por todos lados, salvo el templo. Ellos buscaron a Jesús donde no podía ser hallado. Reflexionen sobre esto: buscando a Jesús donde no se lo puede hallar.

Nuestras lágrimas no pueden ser nuestro Salvador. ¡Oh, cómo podemos convertir las lágrimas que derramamos en lugares de arrepentimiento en una especie de salvador en nuestras vidas! ¿Han experimentado momentos en los que han derramado sus corazones ante el Señor? Cada persona que teme al Señor conoce esa experiencia: la tristeza por el pecado que surge a través del amor que el Señor mismo ha derramado en nuestro corazón mediante la regeneración. En esos momentos, vertemos nuestro corazón ante el Señor, lo buscamos, le preguntamos. La mayor miseria de nuestra vida es nuestro pecado, que causa separación entre Dios y nuestro corazón. ¿Cómo puede resolverse esto? ¡Qué milagro es entonces el Evangelio para nuestro corazón! Existe un camino, y ese camino es Jesús. Él es el Único, el Perfecto Salvador. Solo Él puede reconciliarnos con Dios. Por lo tanto, buscamos y anhelamos a Jesús.

Pero cuán equivocados podemos estar en nuestra búsqueda. José y María buscaron a Jesús donde no pudieron encontrarlo. Nosotros también podemos buscarlo en nuestras lágrimas del corazón, abrazando el pensamiento de que “si puedo sinceramente derramar lágrimas ante Dios por mis pecados, entonces todo estará bien entre Dios y mi corazón”. Hacemos de nuestras lágrimas nuestro Jesús; buscamos a un salvador en nuestras lágrimas y oraciones. Puede haber oraciones en nuestras vidas de las cuales decimos: “Nunca olvidaré esa oración; ahí derramé mi corazón ante Dios”. Y a veces, sin darnos cuenta, buscamos un salvador en esas oraciones, o en nuestras obras, o en nuestros esfuerzos para la reforma de vida. Intentamos mejorar y arreglar nuestras vidas, y al principio pensamos que estamos progresando. Luego, hacemos un Jesús de todo ello. ¡Oh, cuánto podemos equivocarnos en nuestra búsqueda de Él! Entonces lo buscamos donde no podemos encontrarlo.

José y María pasaron tres días buscándolo hasta que finalmente lo encontraron en el templo. Sin embargo, erraron mucho en su búsqueda. Podrían haberlo sabido mejor. ¿Dónde se encuentra a Jesús? Fuera de uno mismo. No lo encuentra cavando en su propio corazón o vida, sino fuera de sí mismo. Lo encuentra en Sus ordenanzas; lo encuentra en Su Palabra. Ahí es donde Cristo se revela al corazón. José y María lo encuentran en las ordenanzas de Dios, en el templo donde se enseña la Palabra y se llevan a cabo los sacrificios que hablan de Él, el Niño de doce años que ahora está en ese templo. Oh, congregación, búsquenlo donde Él puede ser encontrado: en Sus ordenanzas, bajo Su Palabra, donde se lo proclama como el único Nombre dado para la salvación.

¿Dónde lo encontraron entonces? Bueno, lo leemos en vs 46 y 47: *“Y aconteció que tres días después lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Y todos los que lo oían se asombraban de su entendimiento y de sus respuestas”*.

Congregación, ¿Cómo estaban dispuestos los edificios del templo? Cuando alguien ingresaba al complejo del templo a través de una de las numerosas puertas, inicialmente entraba al gran y amplio atrio de los gentiles. Cualquier persona, judía o gentil, podía entrar allí. Luego subían catorce escalones y accedían al atrio de los judíos, donde solo los judíos tenían permitido entrar. Había patios separados para mujeres y hombres. Además, en esos atrios había columnatas donde uno podía encontrarse con los rabinos, los maestros que impartían instrucción en la Torá, la Ley del Señor. Así es como deberíamos imaginarlo. Jesús se encuentra sentado en medio de un grupo de rabinos, bajo una de esas columnatas. Jesús les había formulado preguntas, y ellos le habían respondido. También, ellos le habían hecho preguntas a Jesús, y Él las había contestado. Estaban asombrados por lo que este Niño de doce años había dicho y por sus respuestas. Nunca habían escuchado algo similar.

A los doce años, Jesús ya recibe una pequeña muestra de lo que será Su obra. Un Niño de doce años entre los rabinos. Cuando José y María lo ven allí, leemos en el versículo 48: *“Y cuando lo vieron, se maravillaron”*. Maravillados, también significa asombrados. Estaban fuera de sí; ¿cómo es posible? *“y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia.”* “Hijo, ¿cómo lo pudiste hacer?” Su corazón maternal se revela cuando ve a su Hijo sentado allí después de tantos días de búsqueda ansiosa. Es como si estuviera diciendo, “Hijo, ¿Cómo pudiste hacerme tal cosa?”

Pero cuando escuchamos lo que Jesús dice en el versículo 49, Él cambia el enfoque, *“Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”* María le pregunta: “Hijo, ¿Cómo pudiste hacer esto?” y Jesús responde a Sus padres, “¿Cómo pudieron hacer eso, buscándome en todos los lugares salvo en el templo, el lugar de las

ordenanzas de Dios? Ahí me pudieron haber encontrado. ¿No supieron que debo estar ocupado en los asuntos de mi Padre?”

¿Ven el contraste? Es sorprendente. En el versículo 48, María le dice a Jesús “tu padre”, refiriéndose a José, el padre legal de Jesús. Jesús le responde en vs 49 “Mi Padre.” “María, ¿no sabes quién es mi Padre? Es el Dios que me envió. ¿No sabes lo que te dijeron los pastores al lado del pesebre? ¿Cómo escucharon los ángeles cantando de la maravilla de Dios, *“Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”* (Lucas 2:14)? ¿No te contaron los pastores acerca de lo que les fue dicho por los ángeles *“Os doy nuevas de gran gozo”* (vs 10)? ¿Cómo pudieron hacer esto, buscándome donde no me podían hallar? Estoy en los negocios de mi Padre”.

Una vez más, el misterio desde la perspectiva humana: Su divinidad y Su humanidad; porque de nuestra perspectiva humana, se podría decir que aquí se despierta en el Salvador la conciencia de ser llamado. Es llamado a estar en el servicio de Su Padre, para ser el Siervo fiel de Su Padre hasta lo último. “No María. No José, sino Dios es mi Padre.”

¿Cómo pecó María en este episodio? Quería hacer valer sus derechos maternos frente al derecho de Dios. Tomémonos un momento para reflexionar sobre esto: Mantener nuestros derechos frente al derecho de Dios. Eso es lo que somos, congregación. En su pregunta reveladora, Jesús expone su pecado, *“¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”* Buscar a Jesús en sí mismo no era el pecado, pero al no darse cuenta de que Él estaba en el servicio de Su Padre, deseando hacer valer sus derechos frente al derecho de Su Padre, buscándolo en todos los lugares salvo el lugar de las ordenanzas de Dios el Padre: eso fue el pecado de María. María, debería haberlo sabido, ¿no es así?

Congregación, consideren a Simeón. Él lo predijo, *“una espada traspasará tu misma alma”* (Lucas 2:35). Aquí comienza. María debe perder a Jesús como su Hijo porque Él estaba en el servicio del Padre. Y esto culminó en Gólgota, cuando María estuvo de pie ante la cruz y fue testigo de la muerte de Jesús. Entonces, esa espada, que comenzó a traspasar su alma aquí, la atravesó por completo. Perdió permanentemente a Jesús como su Hijo solo para retenerlo como su Salvador. María tuvo que morir a todo pensamiento carnal y humano de Jesús. El Gólgota está prefigurado en estas palabras de Jesús.

En su amor maternal, en su búsqueda, en sus pensamientos, María se interpuso en el camino de Jesús como Siervo de Su Padre. No sabemos qué pasó por la mente de María. No sabemos si pensó en lo dicho por Simeón *“una espada traspasará tu misma alma”*. Lo que si sabemos, declarado al final de este pasaje en el vs 51, es que como madre ella *“guardaba todas estas cosas en su corazón.”* Ella meditaba en estas cosas y las guardaba en su corazón. Lo ve también cuando los pastores visitaron el pesebre y compartieron lo que habían escuchado de Él; ella guardaba todo en su corazón. La llevó ante el rostro de Dios. Eso es lo que leo en estas palabras.

Aquí tenemos a María y a Jesús en el templo. Ella lo amonesta, *¿Hijo, ¿por qué nos has hecho así?* Y Él le enseña, *“María, ¿Cómo pudiste preguntármelo?”* Considerémoslo más, pero primero, cantemos de Salterio 232:2. En este Salmo encontramos el llamado del Salvador.

Nuestro segundo pensamiento. Ella es instruida por Él. **Primeramente, cantamos.**

“No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (vs 49). Estas palabras encapsulan la esencia del ministerio mediador de Cristo. *“No sabíais que en los negocios de mi Padre **me es necesario** estar?”* No de mi padre José, sino de Mi Padre celestial. Congregación, esto se origina en la eternidad, conforme al beneplácito eterno de Dios. El Padre había declarado (Jeremías 3:19), *“¿Cómo te pondré entre los hijos?”* El Hijo se entregó para ser el Fiador y Mediador. *“Tuyos eran, y me los diste”* (Juan 17:6). El Espíritu Santo se comprometió a llevar a cabo la obra de aplicar la redención de Cristo en los corazones de los pecadores.

Este plan de salvación, dónde Cristo actúa como Fiador, el Mediador, el Salvador, se gesta en la eternidad, en el beneplácito divino. Así llegó Jesús. *“En los negocios de mi Padre me es necesario estar.* No en tus negocios, no en negocios humanos, aunque he sido hecho semejante a los hombres en todos, sino debo estar en los negocios de mi Padre”.

Por esta razón celebramos la Navidad. Por esta razón, Jesús se encuentra aquí como un Niño de doce años, en medio de los rabinos en una de las columnatas del templo. Por esta razón, Jesús instruye a Su Madre acerca de Su obra: *“En los negocios de mi Padre me es necesario estar”*. ¡Cuán dispuesto era Jesús, incluso a los doce años! Debía apartar los lazos carnales; debía apartar a Su madre; debía apartar a aquella que lo había llevado en su vientre. La prioridad eran los negocios de Su Padre.

Congregación, que lección tremenda. Mi “yo” debe ceder ante Él. En pocas palabras, esta es la esencia del curso de la vida espiritual. A menudo, anhelo preservar mi “yo”, especialmente mi “yo” religioso y mi “yo” convertido, que tiendo a valorar tanto. Quiero mantener mi “yo”. Quisiera salvarme conservando mi vida. Sin embargo, la lección es clara: mi “yo” debe ceder ante Él. Esta fue la lección para María. Aunque fuera la madre de Jesús, María también tuvo que ceder ante la prioridad de los negocios de Su Padre. *“No debo estar en tus negocios, María, sino en los de mi Padre.”*

¿Saben quién más ha aprendido esto? El apóstol Pablo. *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”* (Gálatas 2:20). *“Es necesario que él crezca”*, dijo Juan el Bautista, *“pero que yo mengüe”* (Juan 3:30). El curso entero de la vida de la fe es que Jesús crece. Cuando mi “yo” se hace a un lado, Jesús puede llegar a ser todo. Nada en nosotros, pero todo en Él. Entonces ya no tengo más derechos, pero Dios tiene todo el derecho. *“Tú eres perfecto; Tú eres justo, Señor”*. ¿Han aprendido a decir “Amén” desde lo profundo de su

corazón cuando su propio “yo” debe hacerse a un lado? “Señor, lo que Tú haces es justo, es bueno lo que Tú desees, y no tengo nada que decir. Que sea yo nada. Que mi propio “yo” orgulloso y obstructor se haga a un lado, para que sólo Tú seas todo.” Entonces queda una cosa: He perdido todo, pero he ganado a Jesús, y Suyo soy.

Fue verdaderamente impactante para María perder sus derechos maternos de esta manera. En este sentido, también tuvo que hacerse a un lado. Este hecho está intrínsecamente relacionado con la profecía de Simeón sobre la espada que traspasaría su alma. Jesús también debía convertirse en su único y completo Salvador. Pero últimamente este principio se aplica aquí también: yo debo morir a mí mismo, a todo lo que deseo, para que Él llegue a ser todo en mi vida. Yo he perdido todo; yo vivo, pero ya no vivo yo, sino que tengo a Jesús, y suyo puedo ser.

Aquí debería guiarnos la vida, congregación; perdiendo todo fuera de Jesús. Entonces ya no tiene terreno dentro de usted para mantenerse. Usted debe decir, “Señor, si nunca me miraras más, sería justo; porque he sido nada más que alguien obstruyendo tu camino.” Pero cuando Jesús se revela como el Siervo dispuesto de Su Padre, quien debía estar en los negocios de Su Padre, entonces solo Él queda como el único fundamento de la salvación. Muy pronto la espada traspasará más profundamente por el alma de María cuando Jesús esté clavado a la cruz. Entonces dirá a ella, “*Mujer*”, y ya no “*Madre*”, que es significativo, aún desde este pasaje de las Escrituras. “*Mujer, he ahí tu hijo ... (discípulo) He ahí tu madre*” (Juan 19:26-27). María tenía que perder a Jesús como su Hijo para tenerlo como su Salvador. De este modo la situación de María era muy única. Solo ella tuvo que experimentarlo.

Sin embargo, en última instancia, esto encapsula la vida espiritual en el sentido más amplio. Mi “yo” debe morir para que Jesús sea todo. Entonces ya no tengo derechos. Calvino dijo, “Los hijos de Dios deben aprender a justificar a Dios.” Entonces ya no tengo más que decir. Jesús será todo. Será el Único porque Él estuvo en los negocios de Su Padre hasta el fin, incluso hasta la muerte, el infierno y la tumba.

Y todavía está ante el rostro de Su Padre, sirviendo en Su oficio mediador. Él trae a todos Sus hijos a casa: María, José, Pablo, pueden nombrar a todos. Todos estarán de acuerdo cuando digan: “Mi ‘yo’ tuvo que hacerse a un lado”. Cada uno a su manera. Pero estarán eternamente unidos también para magnificar a Jesús porque Él estuvo tan dispuesto a estar en los negocios de Su Padre hasta el último momento. Entonces no será difícil adorarlo y alabarlo, “Tú, Cordero de Dios, eres digno de recibir la alabanza, la honra y la adoración”.

Amén.

Último Salterio 381:1,2,4